ADYNATON 1

Revista del Círculo de Letras
del Cetys Universidad • Junio 2013

ADYNATON 1

DIRECTORIO

SISTEMA CETYS UNIVERSIDAD

Dr. Fernando León García
Rector del Sistema Cetys Universidad

Dra. Esther E. Mulnix
Vicerrectora Académica

C. P. Arturo Álvarez Soto
Vicerrector Administrativo

Dr. Alberto Gárate Rivera
Coordinador del Programa Edigori

Jorge Ortega
Coordinador del Círculo de Letras

Néstor de J. Robles
Diseño editorial

Adynaton es una revista del círculo de letras
del Sistema Cetys Universidad

CONTENIDO

Presentación 5

FRANCISCO MÁRQUEZ CERVANTES
Citas de idilio 9
Crónica de una trampa de ratones 12

CAROLINA MARTÍNEZ AGUIRRE
Quimera 15
Cien años de inversión 18
Historias de un viejo 23

ADRIANA PÉREZ VALDEZ
Closer 27
Tiempo 28
Título imposible 29
Onírico-celeste 30
Transparencia 31
Paramnesia 32

JUAN MANUEL REYES MANZO
Sal de uvas 35
Pasatiempo 36
Canicularmente 37
Metalurgia 38
Tu cuerpo la voz 39
Sobre papel 40
Naranjas dulces 41

CARLOS RODRÍGUEZ DELGADILLO
De la libertad 43
Patria 44
Digo palabra 46
Negra la noche 47
Precepto 48
Visitas 49

ARTURO ROMERO SÁNCHEZ
Soliloquio 51
Hoy vi 53
El gato y la luna 54

HÉCTOR SÁNCHEZ GÓMEZ
Nudo de sombras 57
Dicción 58
Máscara 59
Tempo 61
Yuntura 63

ROBERTO VIZCARRA MUÑOZ
Pionero del desierto 65

Acerca de los autores 69

PRESENTACIÓN

Las revistas literarias son y han sido una señal de vida para muchas generaciones y, en efecto, la pauta que denota la sucesión de esas generaciones en la línea del tiempo. Marcan un territorio y, de este modo, aportan para la posteridad un elemento diferenciador que nos permite distinguir unas de otras. Las revistas literarias implican, pues, una identidad; aspiran a la singularidad mediante la irrepetibilidad de sus exponentes, quienes sólo una vez o temporalmente han de vivir con sus pares la especificidad del momento histórico que los reúne.

De ahí la relevancia implícita que posee de entrada el hecho de congregarse alrededor de un proyecto colectivo animado por voces que comparten una misma edad biológica y, por ende, un mismo presente. Independientemente del impacto de tales voces en el profuso y azaroso mar de la república literaria, su concurrencia es patente igual que su inmersión en una época determinada. En el fondo cualquier forma de expresión escrita constituye una reacción a la realidad en la que se halla inmerso el autor, por diluida o tenue que se muestre en el texto. Por lo demás, cabe recordar por enésima ocasión que no hay lenguaje que sintonice con mayor fidelidad la sensibilidad de una era que el del arte y la literatura. Las revistas representan un testimonio de un ser y de un estar conjunto en una determinada coyuntura.

Dicho lo anterior, por efímeras o duraderas, por trascendentes o pueriles que resulten, las revistas de letras comportan un acto de afirmación grupal frente a la historia y las circunstancias. La cohesión aumenta en tanto aumentan los puntos en común entre los integrantes del proyecto. Es el caso de las revistas universitarias engrosadas por alumnos de educación superior y re-

ción graduados vinculados estrechamente a su alma máter o a una institución educativa. Quizás el más paradigmático ejemplo sea el de la célebre y longeva *The Harvard Advocate*, fundada en 1866 y que se ha convertido en plataforma de lanzamiento de una heterogénea cantidad de escritores que se matricularon en Harvard y después ingresaron al parnaso del idioma inglés. Entre otros, Wallace Stevens, e.e. cummings, T.S. Eliot y Norman Mailer, aunque ha tenido a la par sus colaboradores externos: Ezra Pound, William Carlos Williams y Archibald MacLeish.

Adynaton pretende de esta manera entroncar con una tradición de revistas gestadas en el ambiente universitario y que aspiran a pulsar la actualidad de sus copartícipes, alumnos y nuevos egresados que desde la perspectiva de un rango de edad relativamente aglutinador intentan ofrecer distintas visiones de un ahora que se nos escabulle y, en suma, una versión particular de la dimensión humana. Si bien no bastan los vocablos para decir aquello que se nos escapa o que sobrepasa el raciocinio, la comprensión o el intelecto, nos queda invariablemente por delante la posibilidad de tantear y discernir lo ininteligible, lo inverosímil, lo impensable. A ello responde el nombre de la publicación: *adynaton*, figura retórica de origen helénico que designa un imposible. La poesía y la ficción narrativa perpetuan la memoria, sí, pero también mantienen vigente la utopía, el promisorio país de la esperanza a escala de nuestros sueños y deseos.

En diferentes etapas de su afanosa existencia de medio siglo, el CETYS ha guardado un especial compromiso con la promoción de la literatura. En las aulas de su preparatoria se han forjado autores venideros y en las de su universidad se han descubierto talentos cuya incursión en las letras se dio con pie derecho. *Adynaton* procura resarcir esa vocación subterránea que de un modo no siempre visible ha irrigado discretamente la vida cultural y los procesos formativos de la escuela. Múltiples son los esfuerzos de índole literaria que han tenido lugar en el devenir de la institución, pero contados los que han cristalizado en productos editoriales contundentes desprendidos de una dinámica de interacción generacional. El último fue el de la colección Ojo de Agua que a principios de los noventa auspició una antología de poesía y prosa narrativa y un volumen de poemas derivados de un taller de creación que sesionaba cada semana en la biblioteca del campus Mexicali. Lo apunto con certeza porque soy un sobreviviente de ese ciclo: el poemario era mío —la *opera prima* de un imberbe poeta de veinte años— y, recobrando la reflexión del comienzo, la antología una toma de postura de un puñado de estudiantes respecto a los intereses, las aficiones y los destinos del resto de mi generación.

Honrando y reanudando esa práctica, *Adynaton* recoge en su número de apertura trabajos gestados, comentados y retocados en el Círculo de Letras, tertulia que coordino desde 2011 en el CETYS de Mexicali y que se compone de alumnos y graduados de la universidad con un auténtico y decidido apego a la escritura y la lectura. El grupo se congrega para intercambiar y revisar materiales de propia autoría como para discutir temas de actualidad, novedades editoriales y tópicos de la cultura contemporánea: la política nacional e internacional, el cine, los libros y la revaloración del bagaje literario universal. Se trata de un convivio —para definirlo en los términos de Dante— en torno a la literatura y que hace justamente de la literatura la puerta de entrada a la exploración de cuestiones aledañas que redundan en conservar encendido el pebetero del diálogo humanístico, tal como ocurre en las noches de larga y amena conversación de *El cortesano*, obra cumbre del Renacimiento italiano concebida por el diplomático Castiglione y metáfora de la curiosidad intelectual y del espíritu avispado y cordial del hombre civilizado.

Esta entrega inicial de *Adynaton* contiene poemas, relatos, monólogos y composiciones afines de jóvenes autores reconocidos ya en su comunidad por los méritos intrínsecos de su oficio literario y de otros estudiantes arrobados por la ciencia y la ficción que, combinadas con la experiencia de vida, los ha conducido a cultivar el ingenio de construir contextos imaginarios o evocar con emotividad y vis cómica los fragmentos de una memoria personal o familiar. En estos ocho miembros fundadores del Círculo de Letras late el instinto de contar y de nombrar a través de la palabra, asumiendo en el pensamiento y la invención verbal la conciencia del mundo. La diversidad de perfiles ha enriquecido aun más la consumación de la premisa, confirmando que por encima de la naturaleza de los estudios y de las profesiones, o precisamente a partir de las distinciones que conllevan, la creatividad y el lenguaje se imponen como paso ineludible en la capacidad de intelección y comunicación, y, en consecuencia, en la imperiosidad humana de avizorar constantemente un futuro. Lo mejor está por venir en la medida que todo es Logos.

No me extiendo. Cedo la atención a los imaginantes.

Dr. Jorge Ortega
Abril de 2013

FRANCISCO MÁRQUEZ CERVANTES

CITAS DE IDILIO

Estoy nervioso. Siento un remolino de emociones subir por mis pies, mis manos, mi estómago, mi pecho. Cierro los ojos. Respiro lenta y profundamente mientras espero que el semáforo cambie de color. Al fin puedo continuar y la solitaria calle en la que me encuentro va quedando atrás. Sólo avanzo unas cuadras y, a la vuelta, entro al fraccionamiento en que debo recoger a mi cita.

Hallo rápidamente la dirección. Habiendo ensayado el trayecto por internet, me es fácil ubicarla en este punto lejano de la ciudad. Una vez estacionado, tomo el celular y me preparo para redactar un mensaje. "Ya llegué", escribo. Titubeo un poco y, antes de mandarlo, intento calmar mis nervios. Esta vez lo consigo: siento una paz que me da ánimos. Oprimo el botón de enviar y salgo del auto. Es aburrido hacer tiempo ahí dentro, así que busco distraerme. El perro me percibe y saluda con un ladrido. Voy hacia el cerco que nos separa y le devuelvo el saludo a mi manera. Sus dientes no están muy afilados, por lo que acaricio su cabeza sin temor a una fuerte mordida. Después de jugar un rato, noto movimiento en la ventana. Me despido de la mascota y limpio mis manos con un gel que tengo guardado en el carro para esas ocasiones. No hace daño estar prevenido.

El movimiento en la ventana empieza a ser más notorio, de modo que me pongo en pose junto al auto. Estoy seguro de que me vio con su perro y es divertido a veces pretender un poco. La puerta se abre y la miro salir. Cual película de Hollywood, siento mis latidos más pausados y fuertes al verla caminar en cámara lenta. En ese instante, rompe la ilusión el ladrido del can que desea retomar el juego, pero esta vez con ella. No puedo evitar sonreír mientras intenta graciosamente salir del patio con el vestido intacto. Segundos después la

conciencia me remuerde y acudo a entretener al travieso animal. Ahora sólo llamo su atención al agacharme y tratar de hablarle, únicamente el tiempo suficiente para que mi cita no acabe con la necesidad de reemplazar su atuendo. Al reaparecer, me enderezo y termino de admirar su aspecto. De entre todo, lo que más atractivo es que no trae extensiones en el pelo. Cómo odio cuando se las pone…

Despierto de mi trance al oír el sonido del candado al cerrarse y me dispongo a decir "Hola" de forma adecuada. Lo que sería un simple beso en la mejilla es un caluroso abrazo, que acepto gustosamente. Al igual que a mí, también le agrada mucho la idea de vernos luego de tanto tiempo. No sé cuánto dura el abrazo, pero la tibieza del sentimiento de reencuentro elimina cualquier rastro de nerviosismo y esbozo una sonrisa auténtica, casi involuntaria.

Una vez separados, abro la portezuela del carro y, con caballerosidad, la invito a subir. El trayecto es ameno. Pese a los desperfectos del asfalto, no me importa ir despacio si eso me da margen para charlar y ponerme al tanto de lo que ha hecho últimamente. Hace cuánto que no platicábamos tan distentidamente. No lo recuerdo. Cómo le va en su carrera, mis planes de graduado y nuestras posturas en asuntos de política son algunos de mis temas favoritos. No siempre estamos de acuerdo, pero es lo que permite que la plática sea fluida y entretenida. Me gusta que podamos debatir pacíficamente, y la pasión con que ella defiende su punto de vista es un extra que me encanta.

Sin pensarlo llegamos a nuestro destino. Pronto encuentro dónde estacionarme. Detengo el auto y lo dejo al cuidado de un vigilante cercano. Cruzamos al otro lado de la calle y nos dirigimos al club. La fila es corta, y no sé si por suerte o por el aspecto de mi acompañante, o porque de casualidad ella conoce a la persona de seguridad. Tal vez sea algo de todo. Pago la admisión y, por fin, el minuto ansiado es totalmente palpable.

Siento cómo la música me recibe. Entramos en sintonía con la canción. Nos tomamos de la mano y, entre bailando y andando, nos encaminamos a un punto aleatorio en el cual estar a gusto. Nos dejamos guiar en un trance, impulsados por las notas de la pieza. Como si me alcanzaran, los bajos melódicos mueven mi torso y los demás tonos me indican qué hacer con el resto de mi cuerpo. Ella procede igual con sus caderas y coloca su mano en mi hombro para bailar al mismo ritmo. Respondo llevando las mías a su cintura, apropiándome de sus pasos, lo que la complace. Nos quedamos así varios minutos y advierto que su mano comienza a calentarse. ¿Dirá lo mismo de las mías? Lo ignoro, pero la sostengo con igual firmeza que al principio. Cam-

bio un poco el ritmo y la suelto momentáneamente para sostener sus manos, pues empieza una canción que a ambos nos gusta.

Caderas, manos, pies, hombros. Todo mi cuerpo gira por instinto, permitiendo a la mente un éxtasis que sólo conoce en situaciones tales. La hermosura de mi pareja, la intensidad de la melodía y el incremento de adrenalina me transmiten un deleite y una saciedad insuperables. De manera parcial estoy consciente de lo que ocurre, y sin darme cuenta pasamos de simples rotaciones a manipular con rapidez las extremidades, anudándonos y deshaciendo con admirable agilidad el movimiento. En un descuido estamos ya abrazados, cortando drásticamente la velocidad e iniciando un contacto corporal que invita a preguntarme si acaso ella puede escuchar las pulsaciones de mi emoción. Su espalda contra mi pecho, su cadera rozando la mía, nuestras manos entrelazadas.

Lenta y suavemente nuestros cuerpos se mecen en perfecta sincronía, y en medio de ese clímax percibo que no únicamente sus manos, sino toda su figura, hierve al calor del baile. Mi respiración se entrecorta. Distingo su aroma. La esencia me rodea. Me aproximo a su cuello para descifrar el elíxir. El ritual prosigue. En qué pieza estamos. Noto que somos observados.

No es necesario hablar. Aumentamos la velocidad. Sabemos que lucimos aún mejor. Las miradas del público estimulan hasta el límite nuestra ejecución. El aroma de mi compañera, el desgaste físico, la fuerza de la música, el mérito supremo de esta química. La receta perfecta para bailar con decoro. Entonces me percato de una cosa: he caído en idilio y la noche apenas empieza...

Pero estamos de nuevo frente a su domicilio y todavía no desciende del carro. Conversamos, sonreímos, oímos algo de música. Nos regalamos un abrazo de despedida. Después sale del autor y abre el cerco. Antes me pide que le envíe un mensaje cuando regrese a casa. "Así lo haré". La veo entrar, y con esa señal enciendo el motor. Conduzco a la salida del residencial mientras desaparece mi sonrisa. Durante el largo y solitario trayecto la cabeza me da vueltas buscando la respuesta a una sencilla pregunta: ¿qué habría pasado esta noche si ella no tuviera ya un novio?

CRÓNICA DE UNA TRAMPA DE RATONES

Día 1, 1400 horas
Estoy despierto y listo para la acción. Soy la mejor trampa de ratones que pudieron haber pagado. Sólo yo poseo la paciencia y dedicación necesarias para estar quieto en este rincón estratégico en el que los humanos han decidido colocarme. Mi mecanismo está accionado. Tengo que admitir que me dan cosquillas cuando la piel humana toca el metal, pero no importa. Con la carnada puesta, lo único que ocupo es que el enemigo ronde mis dominios. Lo capturaré para alegría de mis benefactores.

Día 2, 1800 horas
Qué linda es la gente. Sé que mis sentidos deben estar en alerta para el momento de la verdad, pero no puedo evitar distracciones ante la inactividad del escurridizo objetivo. Estos seres se mueven de un lado para otro. Parece que nunca se detienen, salvo para comer. Ahí es cuando les veo reunidos en un solo lugar. El resto del tiempo hay veces que ni los veo. La mujer es quien parece estar encargada del terreno cercano al mío. El hombre y los niños sólo aparecen para discutir de cosas que no entiendo. Tal vez sean métodos de batalla contra roedores. Sí, eso debe ser. Todos estamos trabajando por cumplir la misma meta: capturar al ratón.

Día 3, 2300 horas
Siempre me he preguntado lo que los humanos hacen de noche. En el cuartel general dicen que ellos se quedan quietos, tratando de imitarnos. Hay rumores de que incluso hacen movimientos bruscos, como si funcionaran

igual que nosotros. Muchos lo ven como un insulto a nuestra labor, pero yo quiero creer que sus intenciones no son malas. Las noches generalmente son calladas, pero esta vez oigo ruidos extraños. ¿Será el ratón? No sé cómo se escuchan o ven. La única seña que me dieron en la base es que al atraparlo me sentiré "aliviado", pero ni idea de qué significa la expresión. Lo que suena como gas escapando de un tanque, seguro es su cola arrastrándose por el piso. Sí, y esos gruñidos de bestia provienen de él. Acércate más, ratón. No te tengo miedo.

Día 5, 900 horas

Dos noches seguidas el hombre ahuyentó el objetivo. Escucho sus pasos justo cuando los sonidos cesan. La mujer acaba de cambiar mi carnada. Esto es exactamente lo que ocupo. Ahora la suerte estará de mi lado.

Día 8, 1900 horas

Si fuera humano estaría sudando. Esta cosa extraña que se postra sobre mí debe ser una de esas famosas "cucharadas". Cumple con todas las características: dos antenas, más de cuatro patas, y una textura que me cosquillea. La parte de las cosquillas es la que me estresa más. ¡Si me rindo ante ellas podría dispararme! Aléjate, cucharada. Vete y no me toques con tus horribles patas. Por tu culpa podría no cumplir mi misión. Por favor…

Día 10, 1500 horas

Ya me aburrí. Lo más emocionante que ha sucedido hasta ahora fue mi encuentro con la cucharada, del cual apenas pude sobrevivir. Cuando dejó de atacar oí un grito agudo, creo que de la mujer. Después de eso me pareció escuchar un golpe fuerte. Creo que la cucharada no dará más problemas. Empiezo a creer que no hay ratón alguno en este lugar, y que los sonidos nocturnos se originan de los propios humanos. ¡Rayos! Hasta cuando descansan no dejan de hacer algo. Espero poder acabar pronto con esto e irme ya de aquí. Ansío regresar al batallón.

Día 13, 2200 horas

Ya me harté de ver a estos humanos. Siempre haciendo lo mismo. Caminar, comer, volver a caminar, comer de nuevo y hacer ruidos raros. Cómo me gustaría tener pies para caminar como ellos y largarme a ver qué hacen cuando no rondan mi puesto. Quisiera tener boca para quejarme de las cosas que oigo por las noches. Deseo atrapar al condenado ratón o, por lo menos, que

otra cucharada llegue a activar mi metal. Estoy tan pero tan harto de todo esto que hasta tengo otra vez un ataque de cosquillas. Tales son mis ganas de terminar que me juego trucos a mí mismo sintiendo que se mueve la nueva carnada que me han colocado y me empiezo a, me empiezo a ... ¡Ya me disparé!

Día 14, 500 horas

Noto complacido al hombre que en este momento desecha al ratón. Yo también lo estoy, y por fin conozco el concepto de "aliviado". El efecto es una liberación de estrés enorme, descargado en lograr un objetivo noble. Hace poco quería irme, pero ahora lo que anhelo es poder hablar la lengua humana. Desearía poder disculparme por mi actitud antes de ser relevado de mis labores. Ya no importa, el resultado habla por sí mismo. Esta trampa ratonera ha cumplido su misión.

CAROLINA MARTÍNEZ AGUIRRE

QUIMERA

Alienígenas, inventos y descubrimientos de la tecnología, futuros cercanos y no tan cercanos, seres de inteligencia superior y un pequeño viaje en el tiempo son el tipo de cosas que caracterizan la ciencia ficción. La traducción que muchos investigadores nos sugieren usar es ficción científica, pero dada la costumbre son pocos los que recurren a ese término. Así que utilizaré "ciencia ficción" para referirme a lo que les quiero platicar.

No pretendo despertar en ustedes un nuevo agrado o gusto alusivo a este género literario, solo intento poner mis opiniones en la superficie acerca del tema. Quisiera también decir que no intento cambiar su opinión acerca de la ciencia ficción, pero sí deseo que si son de los que guardan prejuicios al respecto, adopten una postura abierta y disfruten de este pequeño ensayo.

Por naturaleza humana, siempre hemos gozado de imaginación y no hay una sola persona que jamás haya soñado con otro lugar o con algo que no existe. Incluso al cometer errores nos gustaría tener la capacidad de controlar el tiempo o el poder que nos permita modificar el rumbo de los acontecimientos. Es por eso que invariablemente nos encontramos entretenidos, por así decirlo, en lo imaginario. Como una historia de ciencia ficción, un portal que nos transporta a otras ciudades y países, a otros mundos; que nos invita a experimentar sensaciones y emociones que nunca podríamos desarrollar en la vida real.

Yo veo este género como una droga de papel y tinta que se ingiere por medio de la vista y satisface nuestra mente, llevando a ausentarnos de la realidad y vagar por el maravilloso mundo de los sueños.

Quién no quisiera descubrir el cielo. Quién no haber vivido hace mucho

tiempo en una galaxia muy, muy lejana. Quién no ha deseado ser inmortal. Quién no asistir a una escuela de magia. ¡Muchas personas! —entre las que me incluyo. Y sabemos que no se va a poder, que será imposible al menos en esta vida; pero nada nos impide soñar y disponer de un momento de ausencia para trasladarnos a ese imposible y hacerlo existir, aunque sea en nuestra cabeza.

Así, constantemente nos toparemos con fanáticos obsesionados de este género narrativo. Nosotros mismos lo disfrutamos, pero igual tropezando con algunas personas que están en contra de todo ello. Sin embargo, si nos ponemos a pensar un poquito podremos ver que no hay nada a lo cual oponerse. El término *ficción* viene del latín *fictus* y significa "fingido, inventado". De modo que la ciencia ficción es sólo una simulación de la realidad que presenta al lector un mundo imaginario. Si no se puede ir en contra de algo que no existe, de algo falso, por lo tanto no se puede ir en contra de la ciencia ficción.

Es posible que leer un texto imaginario nos incite a querer volverlo real. De hecho seguido lo intentamos, pero siendo más listos que ingenuos bien suponemos que se trata de una ilusión descabellada. Entonces, ¿por qué meter tanto relajo en la lectura e interpretación de algunas obras de ficción con aquello de que la Iglesia, el Apocalipsis, la brujería y un sinfín de barbaridades...? Me explico con un ejemplo y tomo de modelo a *Harry Potter*, de J. K. Rowling: se ha declarado que la trama de Harry Potter atenta contra de la Iglesia y que incita a los niños y los jóvenes y niños a practicar brujería, etcétera. ¿Acaso alguno de ellos ha puesto a volar una escoba sin nada más que las palmas de sus manos? Por supuesto que no. Eso sí, puede que lo procuren, mas no lo conseguirán. Pero el punto es que muchos libros de ciencia ficción han llegado a interesar a miles de niños y de jóvenes, lo que ha propiciado el incremento del índice de lectura en dichos grupos de edad y el afianzamiento de este hábito, mismo que se había estado perdiendo entre las generaciones recientes. La imaginación narrativa del caso que refiero ha provocado que el gozo de leer vuelva de nuevo y se ponga en pie.

Los detractores de la ciencia ficción suelen incurrir en argumentos tan absurdos que se perjudican más que ayudarse. He aquí otro ejemplo, también sobre el joven mago de Hogwarts —podrán descubrir que tengo un gusto particular por esta saga: "Organizan quema de libros de Harry Potter". Sí, "pudo aprovecharse todo este papel y tinta en algo de mejor provecho, como acercar la lectura a los lugares más remotos del país que carecen de bibliotecas actualizadas. Pero no: en vez de eso decidieron contaminar y realizar en

vano la tala de tantos árboles", aunque debo aclarar que Rowling promueve el uso de papel reciclado. A pesar de quienes se lo toman con algo de gracia —como quien dijo que la quema de libros "trae un poco de luz al mundo", a mí en lo personal me preocupa que los que manifiestan ir contra de la ficción no puedan tener el criterio necesario para entender su naturaleza, comprender la sana irrealidad del asunto, entender que la base de la discusión no es lo estrictamente real sino un cuento para divertir a un público, contribuir a crear felicidad y nada más. Nadie posee en casa un Halcón Milenario para viajar a la velocidad de la luz, ni el Dr. Who nos vendrá a salvar de los maniquíes vivientes. De manera que el embrollo de "estar en contra" es una tontería. Sé que es justo respetar lo que piensen los demás, pero creo que es preciso abrir un poquito el pensamiento y asimilar que detrás de la tinta se desenvuelve la imaginación de un autor, o sea, de un artista de la palabra.

Para concluir, quisiera mencionar que no importa si en una isla se descubren dinosaurios y éstos llegan a la ciudad y arrasan con todo, y tampoco si el quinto elemento es al fin encontrado o si las máquinas ejercen en un futuro control sobre nosotros para resolver el presente. Lo único que existe en el universo es la imaginación y, con ella, la fantástica puerta que nos ofrecen los escritores con cada libro o cada película. Sólo hay que dar un paso al frente.

Que la fuerza nos acompañe.

CIEN AÑOS DE INVERSIÓN

Primer acto

Madre
Padre
Hijo mayor
Hija menor

Cocina y comedor de un hogar típico en 1950. El marido está por llegar y, en la casa, la madre termina de arreglar las cosas.

MADRE: No puedo creer que ya son las seis treinta. Tu padre está por llegar, así que recuerda no hacer mucho ruido. Viene muy cansado del trabajo. *(Se rocía un poco de perfume)*
HIJO MAYOR: Mamá, tengo hambre.
MADRE: Ya sabes que esperaremos a tu padre para cenar.
PADRE: *(Entra por la puerta con su maletín en mano)* Querida, estoy en casa.
MADRE: Cariño... *(Lo saluda con un beso y toma el maletín de su mano)* Te extrañé todo el día.
PADRE: Yo a ustedes. ¿Cómo está mi campeón? ¿Te has portado bien?
Hijo mayor: Sí papá. *(Mientras tanto la madre coloca en la mesa, frente a la silla de su marido, una bebida refrescante)*
PADRE: Gracias querida. Hoy fue un día pesado. Estoy exhausto. Tuve que leer muchos informes para aprobación. *(Entra la hija menor a la cocina)* ¡Tesoro! ¿Dónde te habías metido?

MADRE: Habrá estado arreglándose para recibir a su papá. ¡Cariño, ya estás en casa, puedes descansar! He pasado la tarde preparando tu platillo favorito, por si gustas que sirva la cena.
PADRE: Estupendo. No los aburriré con cosas del trabajo que al fin y al cabo no entenderían. Dediquémonos a comer, que cocinar es lo mejor que sabes hacer mi vida.
MADRE: *(Complacida)* Muy bien, como tú lo prefieras amor. ¡Todos a la mesa!

Segundo acto

Mujer
Hombre

Bar típico entorno a 1980. Ambos, jóvenes, beben una cerveza mientras disfrutan de un conjunto musical en vivo.

MUJER: ¡No puedo creer que seas tan machista!
HOMBRE: ¡¿A qué te refieres?! ¡No he hecho nada malo!
MUJER: Vi cómo trataste a la mesera... Como si fuera una idiota.
HOMBRE: ¡Claro que no! Es sólo que no puede ser que se haya equivocado dos veces con nuestra orden. ¿Qué tan difícil es traer un par de cheves?
MUJER: Es que es nueva. ¿Qué no ves? Sólo porque trabaja de mesera asumes que no está a tu nivel. Qué sabes si trabaja para pagarse la carrera.
HOMBRE: Cálmate mujer... Me estás levantando falsos. Yo sólo digo que se equivocó.
MUJER: Ustedes los hombres siempre recalcan los errores de las mujeres.
HOMBRE: Qué dramática te pones. Ya no voy a decir nada porque lo exageras. *(Ríe)*
MUJER: Es la verdad. Si te das cuenta todos los hombres comentan más las cosas que no pueden hacer las mujeres o que hacen mal, que las cosas positivas. A menos, claro, que se trate de su físico.
HOMBRE: No generalices, tú sabes que yo no soy así. Además, mírate. Cualquier cosa y ya estás reclamando a medio mundo.
MUJER: Si no lo hiciera pasarían sobre mí.
HOMBRE: Como tú digas. *(Resignado)* ¿Quieres que pague lo nuestro?
MUJER: No gracias. Yo pago lo mío.

Tercer acto

Madre
Padre
Hija mayor
Hijo menor

Noche. Área central de la sala mayor de una moderna casa del siglo XXI. Mientras la hija mayor habla por teléfono, usa su computadora; el hijo menor juega un videojuego en la pantalla de la televisión; el padre está sentado cerca de la mesa donde utiliza su computadora portátil.

HIJA MAYOR: (*Al teléfono*) No puedo creer lo que me dices. Estoy tratando de encontrar su perfil para ver la foto, pero no lo encuentro. Ya sé, espérame dos segundos. *(Deja el celular de lado y se inclina sobre la pantalla de la computadora para ver mejor)*
PADRE: Hija, ¿y tus lentes?
HIJA MAYOR: En mi cuarto, es que se me olvidaron. *(Toma el teléfono de nuevo)* Ya vi la foto. Si quieres revisa lo que comenté de ella y me dices qué opinas.
MADRE: *(Entrando por la puerta principal)* Ya llegué.
HIJO MENOR: Ajá.
PADRE: *(Se levanta a saludar de beso a su esposa y vuelve a sentarse)* ¿Cómo te fue, vida?
MADRE: Muy bien pero con muchos pendientes. Ahorita me voy a poner a adelantar algo. ¿Ya cenaron?
Padre: Sí, ahí en la cocina está lo que pedimos.
MADRE: De acuerdo. *(Responde mientras escribe un mensaje de texto)* Ceno entonces para luego trabajar.
HIJA MAYOR: Mamá, voy a salir. Necesito dinero.
MADRE: ¿Y lo que te di ayer? ¿Te lo gastaste todo?
HIJA MAYOR: Pues, me sobró poquito. Pero es que iremos al cine y ya sabes que está bien caro.
MADRE: (Revisa su bolsa) Se me hace que traigo algo por aquí. De todas formas cuida lo que te sobre y así lo guardas para la próxima salida.
HIJA MAYOR: Sí, mamá. Por cierto, te mandé un e-mail con mi nuevo número.
MADRE: Qué bueno, para ya tenerlo en caso de que se ofrezca. *(Continúa escribiendo el mensaje de texto)*

PADRE: Hijo, ya llevas mucho tiempo jugando a esa cosa. Desde que me senté en la computadora no has parado. Te va a hacer daño estar viendo eso tanto tiempo.
HIJO MENOR: Es que mi computadora está bajando una película y se puso muy lenta.
MADRE: Cinco minutos más y tendrás que ponerte a limpiar tu cuarto. ¿De acuerdo?
HIJO MENOR: Sí mamá, está bien. *(A regañadientes)*
HIJA MAYOR: Yo me voy a arreglar. *(Suena su teléfono y lo contesta)* ¿Qué te pareció? *(Sube por las escaleras)*
MADRE: Mi vida, necesito cargar mi computadora. ¿Puedo desconectar la tuya?
PADRE: Sí, claro.

La casa queda en silencio.

Cuarto acto

Madre
Padre
Hijo (preadolescente)

Cocina de una casa familiar, año 2050. Hora de la cena. La cocina está impecable, mientras el padre termina de poner la mesa. En un rincón hay una pequeña mesa con una computadora.

PADRE: No puedo creer la hora. *(Se dirige a la videocámara de la cocina)* Hijo, ya vente, la comida está servida y tu madre no tarda en llegar.
HIJO: *(Voz a través de la cámara, desganado)* Ya voy.
PADRE: Y ponte zapatos. *(Acomoda la comida en la mesa y se quita el delantal, mientras el hijo entra)* Ya sabes que debes componerte un poco, para cuando llegue tu madre te encuentre bien, con ánimo.
HIJO: Sí sí... está bien.
MADRE: *(Entrando a la cocina)* ¡Hola familia! Ya llegué. ¿Cómo están? (*Le entrega el bolso al padre y se quita el abrigo*) Afuera está muy frío.
PADRE: No te preocupes, hice un poco de té. Qué bueno que ya llegaste. ¿Cómo te fue?

MADRE: Excelente. Fue un día muy productivo, pero no te quiero aburrir. Lo que sí es que muero de hambre. (*El padre se dispone a servir la bebida*) ¿Cómo está mi tesoro? Veo que no te has ido a cortar el cabello. ¿No te ha llevado tu padre?

PADRE: Le digo y no me hace caso.

HIJO: Así me gusta.

PADRE: Si quieren podemos empezar. Hice tu platillo favorito, querida.

MADRE: ¡Qué bien! Me fascina tu cocina.

PADRE: Gracias. Espero que les guste.

HIJO: *(Examinando los ingredientes de la cena)* ¿Qué es esto? *(Señalando una verdura)*

PADRE: Ejote, como siempre.

HIJO: *(Hace una expresión de asco)* No me gusta.

MADRE: Mi vida, come todo lo que te pusieron. Tu papá se esfuerza media mañana para hacerlo y sabe muy bien.

PADRE: Además, si no te lo comes todo no te daré del postre que hice.

HIJO: Está bien, está bien.

MADRE: Por cierto, cariño, como últimamente nos ha ido muy bien en el trabajo mañana vendrán unas compañeras. Las invité a cenar.

PADRE: De acuerdo. Qué bueno que me avisas, para terminar de limpiar la casa.

MADRE: Gracias. *(Da un sorbo a la bebida)* Te quedó excelente.

HISTORIAS DE UN VIEJO

En un parque, a mediodía, sentado en una banca, ve pasar a las personas y jugar a los niños. Una mujer de cabello largo, suelto, está sentada a su lado, cuidando de su hija con la mirada mientras lee.

Qué linda su criatura. Se parece mucho a usted. Y fíjese que no siempre los hijos se parecen a los padres. Me tocó conocer a un señor del que ninguno de sus hijos se parecía a él, y tampoco ellos entre sí. Yo creo que la señora comió algo diferente durante su embarazo, porque mire usted cómo se veían diferentes. Y ha de haber sido la misma cosa que comió la vecina porque sus hijos se parecían a los de mi conocido. Pero ya no supe qué fue de eso. *(Hace una pausa)* Creo que terminaron peleados por algo. *(Prosigue después de un breve silencio)* La casa de mi conocido me gustaba mucho. Ya no las hacen así. Ahora son porquerías de casas. La gente solía vivir en espacios amplios y con toda su familia. Esas casas grandes son las que me gustan. Caben todas mis plantitas. Yo batallo mucho donde vivo porque casi no tengo patio, entonces tengo mis matas amontonadas y se mueren. Las plantas no van a crecer así. Mejor dicho, las plantas no crecen así. Y más que ya estoy cumpliendo los cuarenta y treinta. *(Ríe)* Ya no puedo estar haciendo muchas cosas que me gustan, como cuidar de mis plantas. Pero, ¿y si no las cuido yo quién las va a cuidar? Nadie. Nadie las va a cuidar. Como a la esposa de mi conocido. Nadie le cuidaba lo que comía. La dejaban sola todo el día porque mi conocido trabajaba muchas horas. Yo no puedo dejar solas a mis plantas porque ellas no me dejan solo. *(Breve silencio)* También me tocó conocer a una mujer, ya grande ella, no como yo *(Ríe)*, que siempre se quejaba de que su amor perdido nunca la

había encontrado. ¡Pero ella tenía hijos y nietos! Entonces yo no sé. Creo que su amor de verdad estaba perdidísimo porque ella, por más que buscaba, no lo hallaba. Sólo se encontraba con más chamacos. ¿Qué cosas, no? Se armó su propio ejército porque, aparte de que eran un montón de niños, eran muy maleducados. Me destruyeron un olivo negro que acababa de plantar. Dijeron que no se habían dado cuenta. Yo no les creo. Eran muy vagos. Muy, muy vagos. Recuerdo que algunas ocasiones, ya muy noche, como a las nueve y media, se oían ruidos en la calle. Por lo general a mí los ruidos no me molestan. Aprendí a dormir con ruido porque tengo doce hermanos más chicos que yo. Pero una de esas veces me enojé. ¿Y por qué no? Si de plano no podía dormir por los ruidos. Entonces salí al porche, para fijarme si no era uno de los vándalos de la señora que le conté, y efectivamente. Parecía como si no tuvieran sueño, como si fuera mediodía. El caso es que ellos eran los que hacían el ruido. ¿Pero sabe usted qué? ¡Lo hacían a propósito! Hacían ruido con la reja de mi casa, con piedras, con latas, con lo que se encontraban. Entonces esa noche que me enojé, pero no crea que soy un monstruo, sólo me enojé esa vez, salí a esas horas para enfrentarlos. Yo estaba en mi ropa para dormir y se rieron de eso. Pero no me dio vergüenza. Estaba enojado. Para cuando me les acerqué diciéndoles que eso no era nada decente de su parte salieron corriendo gritando por todos lados. Entonces ya no los alcancé. No es que no pudiera correr, pero en mi ropa para dormir y pantuflas no se me antojaba. Y después de eso no recuerdo haberme enojado. Quizá porque me di cuenta de que lo que querían era verme así, molesto y adormilado. Mejor no les di el gusto. Es que hay cada gente. Uno no sabe ya con qué se va a topar. No como antes, antes era más sencillo.

La mujer asentía rítmicamente. Después de un largo silencio el viejo canturrea y juguetea con sus dedos. Luego observa el libro que lleva la mujer.

A mí me gustaba mucho leer. Ya no puedo porque me canso la vista y estos lentes no me sirven de mucho. Pero antes me la podía pasar leyendo. Y yo sí que leía de todo, no nada más novelas o el periódico, también poesía. A mi esposa, que en paz descanse, le gustaba que le leyera en voz alta poemas. Era mi modo de darle serenata porque yo no sé cantar y nunca aprendí. *(Suspira)* Extraño mi esposa. Ella era la persona más gentil y amorosa de todas. Hasta cuando tuvimos nuestros hijos nunca perdió la paciencia. Siempre tenía la razón, siempre me ganaba en todo. Hace rato que no voy al panteón a visitarla. Un día de estos. Pero no yo solo, porque ahí espantan. O es lo que

me cuentan. Que por eso ahí ponen a los muertos, porque a los muertos ya no los puedes asustar ¿verdad? Qué inteligente. *(Hace una pausa)* Pero inteligente mi padre. Yo creo que de él saqué lo abusado. *(Ríe)* Él conocía todos los secretos del campo. Podía revivir cualquier planta moribunda y hacer que una muy poca lluvia alcanzara para regarlo todo. Mi padre también tenía su amor perdido, como la señora de la que le conté. Yo creo que por eso tuvo tantos hijos, aunque me dijo una vez que mi madre era la indicada, pero que él no era el indicado para ella. Qué tristes historias de amor no correspondido. Y eso que hay historias tristes de amor correspondido. Pero esas nadie las cuenta, porque a la gente le gusta lo imposible. Yo soy muy culto en eso de los sentimientos. Sé muchas cosas por los poemas que leía. Lo malo es que ahora ya casi nadie lee, por eso se me hizo curioso verla a usted con un libro. Y lo bueno que es uno de los clásicos, no de esos nuevos que de literatura no tienen nada pero vaya cómo se venden. Yo nunca he podido entender cómo a alguien le puede gustar algo tan malo. Quizá es que ellos no lo ven así. Como los vándalos de mi vecina. A lo mejor ellos no creían que molestar a un viejo era malo... *(Hace una breve pausa)* No, eso no puede ser, eran malos a propósito. *(Se interrumpe)*

La mujer cierra el libro y llama a su hija para marcharse. Se hace el largo cabello hacia atrás para quitarse los audífonos mientras se pone de pie. Junta sus cosas y, tomando de la mano a su hija, se retira. A los pocos segundos, llega otra mujer de mediana edad a sentarse.

¿Le gustan las historias? A la otra señora que acaba de irse sí. Nunca me interrumpió.

ADRIANA PÉREZ VALDEZ

CLOSER

Tu nombre rozando mi boca
carga eléctrica en el aire
sentencia irrefutable al silencio
pronunciada y vibrante en las tardes

Energía potencial de brazos
sabiéndose en los pies de la semana

Ya el frío nos visita
como un acto de invitación al equilibrio térmico
para perpetuar todo el año el calor de junio

TIEMPO

te encuentro cercano
en un fragmento
de trascendencia
a veces soy tú
cuando estás ausente

transmutas en sombras
página viva
que habla de ti
        contigo

¿te han dicho
que tu voz
calma
los crepúsculos?

tocas de repente
noctámbulas ideas
de mi otredad
ensimismada

tu indómita sonrisa
liviandad inmutable
asidero de sueños
es diáfana alquimia
    de soles

TÍTULO IMPOSIBLE

Si el corazón no me estalla
a causa de constelaciones de imágenes;
si el cuerpo en que ostento revoluciones intrínsecas
se mantiene entero —o relativamente útil;
si mis pies se detienen ante el barranco
para desandar sus pasos y sucumbir a las necesidades
censuradas del vientre;
si descubro, pues, un remedio temporal
a la ansiedad por las manías fuera del protocolo;
habré de llamarte desde una desordenada habitación
para encontrarnos antes que la tinta;
habré de contemplarte en la inmovilidad sonora del instante.

Sabré, al romperse el gastado hilo,
lo que hace tiempo sabía.

ONÍRICO-CELESTE

sonámbulas horas
transitan por tu barba

tengo sueño

¿puedo dormir
en tus párpados?

qué placeres tan culpables
son tus hilos color de luna

reminiscencias etéreas
hamacas
de días venideros

TRANSPARENCIA

Quién te habrá visto
a través de la luz,
quién, sin quitarte la camisa,
se entiende con tus formas.

Dictado del pasado meridiano
susurrando entre ramas bailarinas
la musicalidad de tu estela,
el crujir del tiempo
en hora de ordinaria somnolencia.

PARAMNESIA

He empezado a desearte
a comer estas horas
a sembrar en los surcos vacíos de la soledad
refrescando palabras antiguas
convirtiéndolas en un torrente de voces vivas

[Los nuevos amores no apaciguan
ni dan certidumbre
ni calman ninguna sed ni hambre
no vuelven a nadie más listo
ni se posan sobre ningún corazón como colibríes
más bien parecen perros hambrientos
rabiosos
callejeros
son como boas arrastrando ansiedad
tragándose el sueño
se aparecen como espectros malditos
y uno se espanta
se vuelve medio loco
sufre de sudores
tartamudeo
estupidez]

Me estás envenenando
contagiando
sacando los ojos con tanto amor
exprimiendo con tu candor
mis sesos

JUAN MANUEL REYES MANZO

SAL DE UVAS

Sal a la calle mujer
agarra tres racimos de uvas
para que te cubras los dos pechos y el sexo
con cubrirte eso basta
qué importa
que la gente afuera miente madres
grite híjole
o se quede de ojos cuadrados

que no te aflija
tú sal de uvas

PASATIEMPO

Si se te escurre la mañana por la espalda
verás que tu columna
no solapa desenlaces
ni vertebra fugas
simplemente es vereda
que a los minutos
queda de pasada

Verás que mientras tú
pelas naranjas
sacas basura
o mides el agua a los camotes
cosas suceden
de forma inevitable

CANICULARMENTE

Son las tres con treintaicinco de la tarde
y me atraviesa un puñal ultravioleta
una daga solar
cercena en dos mi pensamiento
mis neuronas
la memoria
derri
t
i
é
n
d
o
m
e

METALURGIA

Cuando se acaba la plata
oro
lloro solo
cuando no vienen
tus labios de cobre

TU CUERPO LA VOZ

Es cierto
rompe el alba
pero si callamos
hablarán entonces
nuestras otras voces
la de nuestros ojos juntos
volteando hacia un desfile de colores
la de nuestras narices subyugadas
ante la ruina del olfato
la de tu lengua
la de mis dedos
la del abrazo en el que nos fundimos
después del amor
y antes de encender el televisor

SOBRE PAPEL

Hoy
la distancia se asemeja
a toda la longitud que existe
aún así
te veo en las hojas de los árboles
te ojeo en los ojos de la gente
y escribo siempre
de tus ojos en mis hojas

NARANJAS DULCES

Toda mi jornada se resume aquí
contigo
recién salida de la regadera
hidratando la loseta
de agua con sabor a piel
pensando cómo colarme entre tus piernas
acostarte sobre esta cama
que te extraña
para depositar en ti todo mi día
penetrar tu frescura con cansancio
con amor a las once veinte de la noche

Toda tu jornada se reduce
a decir lo bien que te cayó el baño
que hoy no toca
que lo sientes
y que dejaste fruta fresca sin semillas
ya partida dentro del refrigerador

CARLOS RODRÍGUEZ DELGADILLO

DE LA LIBERTAD

Y el movimiento —comprendo—
no es mi libertad,
ni el pasto
—herramienta del filósofo—
ni el albedrío de la carne lo es ya.

Debe ser más
que una estación del año,
que unos labios húmedos
que un nombre en un hombre;
la trémula eternidad,
tal vez,
o el murmullo apenas de recuerdo;
el suero de la esperanza.

PATRIA

Tañendo el tiempo embaído
cabido en el escote de la noche,
tu voz de olmo y golondrina.

Ya no hablo de la sabida
voz de anuario,
ni la persistencia de gacela al trote;

no digo del canto rojo del camachuelo
ni del calvero de los pechos que no aman,
sino del calvario del hambre del pueblo.

Hablo del día escotado, también,
con su respiración gris colgando,
hablo de la voz de vos que grita
a viva voz —¡Viva!—
a un país nacido de la muerte,
torcido en su sangre,
arcaizado en penas apenas.

Hablo del dolor
del vientre
de la tierra,
de estos zapatos sucios
que caminan a la revolución
arrastrando vino de venas, palabras gastadas,
deseos bicentenarios.

DIGO PALABRA

Voltea árboles ordenados por el índice
en un quejido suyo, el éxodo de los vicios.
El asomo de una sonrisa y el parpadeo de la sombra se halla.

Cambia el sentido de algún principio celestial,
forja —al deliz de los tobillos— el perfume de su piel
tendida sobre el aire

irremediablemente ajena
del frío,
del hambre de piedra,
de llamas heladas colgando de la luna.

Asoma, pues, de la lengua,
lamida con la voz
peinada con las cuerdas,
la palabra ominosa,
el bálsamo de la idea.

Silabario blanco,
sábana del hálito,
luz de incienso.

Su nombre —voz de nubes—
repito en la marea del recuerdo.

NEGRA LA NOCHE

Como cuervo
—de eterno luto vestido—
o como sombra de féretro
o espina del fuego,
cargo de tu mano
la liviandad,
sin caricia ofrecida,
sin el oleaje de dedos;
ya sea como océano cerrado
o arañas detrás de ojos.

Como sangre o saliva
—escondida al borde de la corriente—,
con un galope negro y despeinado
llegas junto al aleteo del viento,
a tatuar el día,
a quebrar verdades.

Entonces uno queda en patrias mínimas
e ilegales,
o entre las comisuras de las ramas
de un manzano.

PRECEPTO

Saber su nombre
y saber si el viento al oído suyo acaricia,
conocer el arrullo del arroyo de su lengua.

Imaginar siquiera cómo el sol le llama con su pudor mudo,
pensar en la sombra que se aferra a su pasar por el mundo.

Saber el nombre que el mundo le ha dado
a su presencia etérea, reminiscencia del ojo.

Yo le nombro, ocasionalmente
—beso del aire, luz propia,
pétalo de hueso, candor entreverado,
sonrisa nocturna—, e imagino que su nombre
es la etiqueta de la vida,
y en ella va
el reconocimiento, en un abrazo de sílabas,
del soberano altar en que mi mente, imaginándola,
se convierte.

VISITAS

Hay días en que se visitan dos cuerpos.
En ellos se rompen las lenguas
y las aguas.

El ritmo arrebata una caricia
como mar encrespado;
las sonrisas se descalzan.

Y cuando los cuerpos bosquejan
él hace la noche si la nombra entre sus piernas
y ella es el alba si él amanece entre sus pechos.

Los cuerpos se colman de cuerpos,
las sombras crecen en las sombras,
las pieles se manchan de luna,
los lunares son constelaciones encontradas.

Los amantes se dibujan sin colores;
se sienten vivos, húmedos,
reales, pero oscuros.

ARTURO ROMERO SÁNCHEZ

SOLILOQUIO

Encontrándome demasiado lúcido para ejecutar la tarea que corresponde, he de recurrir a este recurso que tantas veces me ha liberado de la frustración de vagar en la oscuridad por horas con la razón tan despierta que es imposible llegar a un descubrimiento por contemplación.

"La vida es bella, la vida es bella..." se repite *ad nauseam* en mi mente en respuesta, creo, a la incansable insistencia, del otro lado de la puerta, de las ideas y los viejos hábitos de centrar mi atención en ella.

"Ella" es la voz que abre la entrada a la cueva de las maravillas, en la que uno puede internarse pero difícilmente escapar. Decir "ella" es rendirse al amargo placer de los recuerdos que aún persisten, ser débil y vulnerable al sufrimiento que redime y que de cualquier forma es inevitable. Un sufrir ridículo que con la fe suficiente debiera resultar superable. Eso me hace a mí un hombre de poca fe. La verdad es que a la fe la pierdo con más rapidez de la que me toma hallarla de nuevo.

Soy de las personas que consideran todos los caminos o soluciones visibles a partir de un evento o problema determinado. Somos lentos para responder y decidir porque no elaboramos solamente en las opciones viables o coherentes, sino en todas. Y de los caminos que veo delante de mí, todos tienen cada vez menos un "final feliz". En realidad yo podría ser o intentar ser feliz en cualquier situación, casi, y espero que se me ponga a prueba en al menos una, como ésta. Entonces debería corregir y decir que cada vez veo menos finales ideales.

Creo en un plan maestro. Uno tan complejo que no podamos ver en él los patrones como un experto en ajedrez ve patrones en el tablero o un es-

critor prolífico en sus obras. Todos tenemos una parte que desarrollar en él y nuestra línea del tiempo está marcada por bifurcaciones en que habrá de presentársenos la oportunidad de realizarla. Imagino un número inconcebible de permutaciones para eventos cuya existencia está delineada tanto por el azar como por el destino, y todas llevan a un único fin, a un solo infinito.

Nuestros cerebros son tan viles que sufrimos porque desconocemos el camino y le tememos, aun teniendo en el alma la certeza de un destino. Por eso llamo "ridículos" a esos sufrimientos, aunque sean inevitables. Son estúpidos mas necesarios para la templanza del espíritu, pues uno no puede pretender alcanzar su destino con un espíritu quebrantable, erosionable; la menor grieta puede ser definitivamente crítica.

Al volver a mí los deseos de desvariar tras los párpados en vez de hacerlo en el papel, comando todos los procesos conscientes de mi mente a buscar una conclusión aceptable y congruente al texto. Pero me responde que no está lista para terminar unas ideas que apenas se desenvuelven, por lo que me limitaré a concluir con una frase prestada: "El tiempo es el mejor autor: siempre encuentra un final perfecto".

HOY VI

Confusión. Personas esperando sin darse cuenta de que ya se les ha pasado el tiempo. Vehículos que avanzan más allá de su destino. Risas provocadas por fallar de nuevo, o por vez primera.

Vi el pretérito escrito y seccionado. Y reescribí el pasado igual que como estaba. Hoy el día comenzó de noche, entre un par de voces, y terminó iluminado y en silencio.

Hoy viejos lazos intercambiaron nuevos colores frente a mis ojos, y mis ojos los orquestaron. Se descubrieron deshechos los nudos que aparentaban seguir existiendo, y encontré que unos nuevos se van apretando con mayor fuerza.

Hoy vi un título volverse idea, y la idea haciéndose párrafos sin título. Vi palabras jugar con el sentido y al sentido escapar de las palabras. Vi espacios separar uniones y puntos apilarse en conceptos. Y vi, sin querer, que hay más de nosotros si no estamos juntos.

EL GATO Y LA LUNA

III

Llamar a la Luna es caro. Como al mercado le gusta hacer sentido de los precios cuando se puede, quienes administran el servicio sugieren que así como las llamadas internacionales han de ser más caras que las locales, las lunares deberían ser más costosas que las dos primeras. Parece que delimitaran zonas de manera arbitraria y les asignan precios con el propósito de producir ironías ridículas, porque lo cierto es que me sale más barato llamar a cualquier pueblillo a cientos de kilómetros que llamar a la Luna, cuya imagen se refleja de una cara a otra en el vidrio de mi ventana.

Cómo me cuesta hablar con la Luna. Hablarle es, por supuesto, inevitablemente gratuito para todos: se posa sobre nuestras coronillas y absorbe, a través del remolino que se forma en las cabelleras, nuestras cavilaciones nocturnas y monólogos bohemios. Por inviable que parezca, todos tienen línea directa con ella y pueden permitirse dirigirle una discreta oración de amor, un juramento de venganza o adular con un cumplido su belleza.

Pero hablar con ella es asunto distinto. Se trata de una Luna de fachada pública e interior privado que le muestra al mundo, orgullosa, su cara luminosa, ésa que vemos de noche pero que no comparte con cualquiera su lado oscuro, sea por vergüenza o miedo, sea por angustia de no hallarse completa. Lo sé y lo digo porque lo conozco, y lo conozco porque así lo ha querido. De las infinitas ventanas que pudo haber elegido para mostrarse entera es la mía la que le ha gustado, igual que al gato.

Aunque pudiese ser que sólo busca su propia imagen en el quizás especial

reflejo que devuelve mi acaso mágica ventana, o se acercara para escuchar de mi apacible voz de poeta a deshoras las filosofadas y los versos improvisados que emergen cuando uno piensa tanto en la Luna que se intoxica respirando su luz plateada. Tal vez, no lo sé. Sé únicamente que ella viene y yo hablo, ella habla y yo respondo. Ante su belleza enmudece la razón y se desenreda la lengua del verbo apasionado. Qué envidia han de tener mis conocidos... Si supieran lo caro que es hablar con ella, lo que hay que sacrificar: es preciso renunciar a la vida verdadera y en su lugar vivir como en un sueño, sin sentido y con la punzante conciencia de que eventualmente hay que despertar.

Me cuesta tanto hablarte, Luna.

HÉCTOR SÁNCHEZ GÓMEZ

NUDO DE SOMBRAS

Allende todo muro
—cruzada frontera—
se cuenta un paisaje extraviado
proyectado de sombras
donde nos desdecimos

En esa periferia
guiño oscuro
tumulto del sentido

nombramos distraídos
enteros
aquellos tonos

formas que rogamos deshilen
senderos emboscados en la bruma
el silencio.

DICCIÓN

Quien dice odio
y acaricia su curva
                breve textura
    su acento
asume para sí
grafías   designios

Repasa
deletrea combustiones subterráneas
que habrán de ser
sofocadas   explosiones

MÁSCARA

•

qué dicta mi nombre
qué disfraz
qué gesto adivinas
cuando escuchas su timbre
y quieto en el aire
te revela un ensayo
de profundidades ocultas

• •

qué esconde esa piel
adentro muy adentro
entre sus pliegues
que la herrumbra
que la cimbra
de un pasmo silencioso

• • •

qué orillo de mí
qué escondo a otros
en los márgenes de
mi murmullo

• • • •

qué extraviado paisaje contengo
y a la vez
qué ansias de liberarlo
acaso sin aparentar
un esbozo de tristeza

TEMPO

•

No sonrías
no pienses
nunca
que arribarás
al lejano peldaño
de la felicidad.

• •

Sólo un silencio pleno
merecerá el mundo de ti.

Para cada instante
acaso siempre
tendrás la abstención exacta.

• • •

Nadie merecerá
tu semblante decidido
ni el día
vacío de empresas
tu ánimo imbatible

ni el sueño
su infusión de fuego
en las entrañas.

• • • •

Pero si en tus comisuras
hermosa y lejana
encuentras breve
un momento de ahogo
la aorta sedienta
el saltar de las venas vacías
aquélla orquídea seca
y esa imagen desastrada
ese gesto
es el recuerdo más fiel
que guardas para los otros

Permanece entonces intacta
en el nudo de ese plácido tempo.

YUNTURA

Anhelamos
la atemporal blancura de la cresta
la huida de todo gesto marchito

Buscamos colindar regiones
tornar de toda grieta una yuntura
una fiesta desnuda plena de sí misma.

ROBERTO VIZCARRA MUÑÓZ

PIONERO DEL DESIERTO

Amaneció como en cualquier otra mañana en Guaymas, impregnada del olor a sal que provenía del puerto. Corría el año de 1914. Tirso vivía con su esposa y cinco hijos en una casa próxima a la estación de tren, demasiado pequeña para la numerosa familia. Tirso vendía agua de limón a los viajeros y militares que pasaban por la estación. Usaba vasos de cristal y los lavaba con agua y jabón para volver a llenarlos con agua de limón y seguir comerciando. Llevaba consigo al trabajo sólo lo indispensable: vasos, una olla con agua jabonosa y otra con agua para enjuagar, un cuchillo, limones, azúcar, hielo y, desde luego, agua potable. Siempre lo acompañaba uno de sus hijos para hacerle compañía y ayudarle con la venta. Se vivía la época de la Revolución Mexicana, por lo que había más movimiento en la estación, donde se regeneraba la fuente de ingresos de la familia. Cierto día Tirso, que generalmente se llevaba a su hijo Carlos a faenar, no volvió a ver otro amanecer en su pueblo natal.

Carlos era un pequeño de 8 años con una mirada de niño inquieto. Guardaba con su padre un parecido impresionante: la mirada de determinación y la actitud perseverante, pese a la corta edad con la que contaba. En la estación se encontraba una gran multitud, pues algunos oficiales de alto rango y la tropa se trasladarían por tren al centro del país como refuerzos para el Ejército Constitucionalista de Venustiano Carranza en contra del presidente Victoriano Huerta. Tirso vio en aquel tumulto una jugosa oportunidad de lucro y de inmediato se dispuso a trabajar.

La mañana transcurrió sin novedad hasta el mediodía. Debido a la excesiva clientela, sumergía únicamente los vasos en agua jabonosa y luego hacía lo propio en agua limpia, lo que molestó a un sargento que se acercó a comprar

una bebida. Se trataba de un hombre robusto, de tez mestiza, y que portaba un uniforme tapizado de medallas y méritos.

— ¡Cómo eres sucio! ¡¿Por qué me sirves en un vaso tan mal lavado?!

— Disculpe oficial, pero dése cuenta que es demasiada la gente y no hay tiempo para más —le respondió Tirso, apurado en llenar los vasos para los clientes que se arremolinaban.

Enfurecido el militar, de un manotazo cruzado lo lanzó al suelo, golpeándose la frente. La ira se apoderó de Tirso y tomando el cuchillo se trenzó a golpes en medio de la multitud.

Tirso acorraló al oficial en un muro y con una mano le sujetó de la corbata para medio ahorcarlo, mientras con la otra blandía el cuchillo.

Al darse cuenta el sargento que perdería el improvisado duelo, gritó pidiendo auxilio. Un grupo de reclutas apareció rápidamente de la nada para detener al civil.

Después de un instantáneo juicio sumario, el militar ofendido le preparó un pelotón de fusilamiento.

— ¡Al paredón! —rugió el sargento. Y ahí se hallaba Tirso, flanqueado por cinco hombres a diestra y siniestra. Alineados en fila india, se encaminaron al paredón.

Y ahí, solo, quedó Carlos, viendo a su padre desaparecer a lo lejos entre los uniformes verdes y la muchedumbre. Como Guaymas era un pueblo chico, no tardó en ir corriendo a casa al encuentro de su madre, quien al ver la cara pálida del niño se preocupó y preguntó qué sucedía. Pero Carlos no paraba de sollozar:

— ¡Los soldados...! S-se ll-llevaron a m-mi ‘apá, se l-lo llevaron y lo v-van a m-matarr! —y estalló en llanto.

— ¿Pero qué fue lo que pasó? —preguntó la mamá.

— Un soldado le p-pegó a mi ‘ap-pá y se p-pelearon y luego otros soldados le pegaron y d-dijeron q-que se lo i-iban a-a llevar a dispa-pararle.

De un gesto veloz la madre tomó de la mano al pequeño, que sollozaba, y salió corriendo al cuartel para contarle al general, amigo de la familia, que un militar había reñido con Tirso hasta llegar a los golpes y que ahora lo querían fusilar al estilo Porfirio Díaz, “en caliente”.

El general les preguntó: “¿Quién pegó primero?”, a lo que el niño le contestó: “¡El so-soldado!”. Sin añadir palabra, subió a un precioso alazán y cabalgó a toda prisa en busca del pelotón, que ya realizaba los preparativos para proceder con la ejecución.

Se dirigió al sargento, y después de recibir el saludo militar, el general le interrogó:

— ¡Sargento! ¿Este hombre qué falta ha cometido?

— ¡Me faltó al respeto, mi general! —contestó con firmeza el otro.

— ¿Quién pegó primero? —preguntó el superior, levantando el tono de voz.

— Me fal... —quiso repetir el sargento.

— ¡¿Quién pegó primero?! —interrumpió enérgicamente el general.

Esbozando una mueca: "Yo, mi general… pero él me faltó primero al respeto", declaró miserablemente el militar ofendido, intentando justificarse.

"¡Atención, pelotón. Liberen a este hombre y arresten dos días al sargento!

"¡Sí señor!", respondieron al unísono.

"Escoltar al sargento al cuartel", ordenó a los reclutas.

Una vez retirado el pelotón, le habló al acusado: "Escucha Tirso. No puedo encerrar al sargento más de 48 horas, pues estamos en guerra, y lo necesito... Cuando le sea levantado el castigo, va a ir tras de ti para matarte. Tu única opción es huir de Guaymas. ¡Huye!".

La pareja y el menor regresaron apresuradamente a casa y recogieron cuanto podían cargar, lo indispensable. La familia se puso en marcha a la estación. La escena fue algo cómica: una familia vestida especialmente para huir, corriendo a tomar el primer tren.

El camino fue largo y tedioso. Los pequeños llorando, los mayores con miedo y tristeza, pues debían abandonar involuntaria y forzosamente su pueblo sin un rumbo fijo, todo por un accidente del destino en el momento menos pensado, todo por un extraño transtorno de las cosas en plena rutina de trabajo.

Iniciado el trayecto, y mientras cruzaban el desierto, el niño Carlos miraba el enrojecido poniente del atardecer. Avanzaban hacia el norte.

Entonces Nogales era apenas una aldea fronteriza con los Estados Unidos.

Establecidos ahí, Carlos no pudo seguir cursando el tercer grado de primaria, dado que tuvo que contribuir a solventar los gastos del hogar. Ganaba dos dólares a la jornada. Se empleaba medio tiempo de bolero "al otro lado", oficio por el que obtenía un dólar. Después del mediodía volvía a México y trabajaba en la misma ciencia otro medio tiempo para ganarse el segundo dólar.

No obstante, cada mañana Carlos se leventaba muy temprano a vender tamales caseros hechos por su madre. Se iba a la imaginaria línea divisoria que separaba a México de Estados Unidos, donde los soldados "gringos" pasaban las horas resguardando los límites de su territorio. Ofrecía la mercancía cantando las primeras dos palabras que supo en una lengua distinta a la suya: "¡Hot tamales!".

Aunque no continuó sus estudios, se vio en la necesidad de aprender inglés, descubriendo que a los emparedados que tanto le gustaban se les llamaba *sandwich*. Tales serían los primeros vocablos de muchos que vendrían después, hasta que llegó a dominar el idioma, al punto que por su buena pronunicación era a veces tomado por ciudadano del país vecino.

El joven Carlos pasó tres años laborando en los campos agrícolas de Arizona, donde experimentó en carne propia la discriminación.

En una ocasión, al acudir a una peluquería y tomar asiento para que el estilista diera inicio a su tarea, leyó un letrero: "No se admiten negros, perros ni mexicanos". De un salto se puso de pie y se despojó de la toalla que le cubría el cuello y el pecho:

— ¿Qué ocurre? —le preguntó el peluquero en inglés.

— Ese letrero es muy ofensivo y yo soy orgullosamente mexicano —respondió Carlos en español.

— Pero tú no pareces, no eres un mexicano típico —intentó aun en inglés convencerlo sarcásticamente el peluquero.

Fue en vano.

Sin más, Carlos salió del establecimiento con un ataque de frustración y rabia.

Al rodar de los años la familia Vizcarra, que provenía de Guaymas y que por un periodo significativo de tiempo había hecho escala en Nogales, emigró al oeste hasta alcanzar California. De ahí el sentido de oportunidad y la costumbre del reto la conduce posteriormente a un caserío ubicado al sur de la frontera, Mexicali, al que llega un 27 de febrero de 1917, a los pocos días de haberse validado la nueva Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos.

ACERCA DE LOS AUTORES

Francisco Márquez Cervantes

Nació el 9 de octubre de 1990 en Mexicali, México. Ingeniero en Mecatrónica por el Centro de Enseñanza Técnica y Superior (CETYS Universidad) y actual estudiante de maestría en Ciencias de la Ingeniería Aeroespacial en la misma institución. Miembro del Consejo de Requerimientos, Estándares y Validación Técnica de Diseño Mecánico en la compañía Honeywell Aerospace de la capital de Baja California; igualmente, mentor de control eléctrico, diseño asistido por computadora y redacción de documentos del equipo extracurricular Solar Engineering para la Competencia de Robótica FIRST (FRC, por sus siglas en inglés). Además de su entusiasmo por la tecnología, disfruta ver cine, jugar ajedrez, bailar salsa y leer novelas de ficción e historietas gráficas. Entre sus autores favoritos se encuentran Grant Morrison, J. K. Rowling, Robert Löhr y Scott Snyder. En materia de fútbol va con el club de Lionel Messi.

Carolina Martínez Aguirre

Nació el 10 de abril de 1991 en Hermosillo, México. Cursó la licenciatura en Administración de Empresas en el Centro de Enseñanza Técnica y Superior (CETYS Universidad), donde ha sido doblemente ganadora de la medalla de honor y alumna de Doble Grado del Bachelor of Science in Business Administration con City University of Seattle, en Estados Unidos. Fue estudiante de intercambio con la École Supérieure des Sciences Commerciales d'Angers, Francia, y partícipe del International Study Tour Module con ASM Group of Institutes en India. Es cofundadora del Club de Astronomía del CETYS Universidad y fungió como responsable de vinculación académica en la Sociedad de Alumnos de Administración y Negocios de su alma máter. Fue también miembro de la brigada de contingencias Red Universitaria para la Prevención y Atención de Desastres del Centro Mexicano para la Filantropía. Novelista frustrada y ensayista amateur. Aficionada a la lectura de obras de drama y de ciencia fic-

ción, a la música y el café. Por cercano o distante que sea el destino, aprovecha cualquier oportunidad para viajar.

Adriana Pérez Valdez

Nació el 30 de enero de 1991 en Mexicali, México. Cursó la carrera Administración de Empresas en el Centro de Enseñanza Técnica y Superior (CETYS Universidad). En 2012 fue ganadora del VII Certamen Literario "Pedro F. Pérez y Ramírez (Peritus)" en el género de poesía, categoría de jóvenes creadores, con el trabajo "Kayúxm: Poemas de la calle y de los vientos". Ese mismo año formó parte del seminario de creación literaria para jóvenes organizado por la Fundación para las Letras Mexicanas en la ciudad de Xalapa, Veracruz. Ha sido correctora de estilo y colaboradora de la revista electrónica *DOZ* editada por estudiantes universitarios del CETYS Universidad. Escribe una columna semanal para el *Vocetys* electrónico sobre temas de actualidad.

Juan Manuel Reyes Manzo

Nació el 16 de agosto de 1980 en La Paz, Baja California Sur, y se estableció con sus padres en Mexicali en 1984. En 2002 se graduó con mención honorífica de licenciado en Administración de Empresas por el Centro de Enseñanza Técnica y Superior (CETYS Universidad), pero se considera más bien poeta y comerciante. Radicó seis meses en la ciudad de Barcelona, España, como estudiante del programa de intercambio académico, experiencia que refrendó su afición incondicional por el Barça. Tiene una hija de nombre Bianka Sophia. En 2006 resultó ganador del Concurso Estatal de Poesía INTERCETYS y, en 2009, obtuvo el primer premio de la Fundación "Pedro F. Pérez y Ramírez (Peritus)" en el género de poesía, categoría jóvenes creadores, con la obra La virtud de la montaña y versos sobre la rabia del fuego. En 2011 participó en el Festival "MXL: Tiempo de Literatura" y en la Feria del Libro de la Universidad Autónoma de Baja California. Igualmente, de 2009 a 2011 en diversas lecturas públicas ofrecidas por el taller de poesía "El albergue de la estrofa". Poemas suyos han sido publicados en las revistas literarias y culturales del noroeste del país: *Yubai*, *Estepa del Nazas*, *Letras en rebeldía*, *Acequias* y *Arquetipos*, esta última auspiciada por el CETYS Universidad.

Carlos Rodríguez Delgadillo

Nació el 28 de noviembre de 1988 en Mexicali, México. Egresado del programa de licenciatura en Derecho del Centro de Enseñanza Técnica y Superior (CETYS Universidad). Escribe poesía, narrativa y ensayo. Ha residido temporalmente en Tijuana como estudiante de intercambio. Su trabajo *Los calendarios de Candelario* ganó en 2011 el VI Certamen Literario "Pedro F. Pérez y Ramírez (Peritus)" en el género de narrativa histórica, categoría de jóvenes creadores. Ha colaborado en varios medios digitales o impresos dedicados a la literatura, el arte y la cultura, entre los que destacan *Arquetipos*, *DOZ* y *Jus*. Aparte de escribir, leer y prestar servicios en un despacho de abogados, durante los ratos de ocio nocturno se dedica a pasear en bicicleta, un placer que le ha permitido acceder a los secretos de la ciudad que laten a flor de calle.

Arturo Romero Sánchez

Nació el 18 de abril de 1991 en Guadalajara, México. Ingeniero mecánico por el Centro de Enseñanza Técnica y Superior (CETYS

Universidad). Se asume como un intelectual católico en el que conviven la fe y el pensamiento crítico, pero a la vez como un temperamento romántico y un consumidor reprimido que pasa los días investigando el paso del tiempo y la cualidad efímera y nostálgica de la memoria. Apasionado de la música, el cine, la lengua castellana, el genio humano y la astronomía. Le asombran los paisajes majestuosos, los arreglos microscópicos y las escenas precisamente orquestadas. Fanático de la luna, el frío, la lluvia y su combinación. Ha leído más autores de los que recuerda y menos de los que debería, guardando particular afecto a Asimov, Ende, Darío, Lewis, Neruda, Rowling, Rulfo, Sabines, Tolkien y tantos otros. Aprecia de igual modo a quienes forjaron su imaginario a través de todos los sentidos: Beethoven, Chen, Chopin, Disney, Gaiman, Henson, Lucas, Williams y muchos que viven en el subconsciente de la mayoría. Sin ellos, el autor sería una piedra.

Héctor Sánchez Gómez

Nació el 4 de abril de 1989 en Guadalajara, México, y radica en Mexicali desde 2003. Antes de establecerse con sus padres y hermanos en la capital de Baja California, vivió parte de la infancia y la adolescencia en las ciudades de Hermosillo y Monterrey. Es licenciado en Derecho por el Centro de Enseñanza Técnica y Superior (CETYS Universidad). Poemas suyos han aparecido en las revistas *Arquetipos* y *DOZ*, auspiciadas por su alma máter. En 2010 obtuvo con el poemario "Ese desierto tan vivo" el primer premio en el género de poesía, categoría jóvenes creadores, del V Certamen Literario "Pedro F. Pérez y Ramírez (Peritus)" convocado por la fundación del mismo nombre. Igualmente, en 2011 su poema "Ánfora de tiempos" mereció el segundo lugar en el concurso promovido por el Vallarta Wine Fest y la Secretaría de Cultura de Jalisco para elegir los mejores poemas alusivos al vino. Combina la pasión por el arte del fútbol con la de cultivar la amistad como un bonsái, terrenos en los que suele también florecer su natural inclinación por la dialéctica del debate político, como podrán constatarlo sus allegados.

Roberto Vizcarra Muñoz

Nació el 10 de febrero de 1991 en El Centro, California, Estados Unidos. Cursa la carrera de Ingeniería Mecatrónica en el Centro de Enseñanza Técnica y Superior (CETYS Universidad). Es estudiante de Doble Grado en el programa Bachelor of Arts in Management de City University of Seattle. Cofundador e integrante activo del Club de Astronomía del CETYS Universidad campus Mexicali. Obtuvo en 2011 la beca Honeywell Innovators y en la actualidad funge como representante de Google en el CETYS Universidad en el marco del proyecto Google Student Ambassador. Es miembro del equipo directivo de la agrupación SELIDER que promueve el liderazgo entre los jóvenes. Ha formado parte de variados comités de organización de congresos de administración e ingeniería. En 2012 radicó en España como alumno de intercambio académico en la Universidad de Zaragoza, lo que le permite viajar por Europa y conocer diversas ciudades y culturas.

Presentando a

Francisco Márquez Cervantes

Carolina Martínez Aguirre

Adriana Pérez Valdez

Juan Manuel Reyes Manzo

Carlos Rodríguez Delgadillo

Arturo Romero Sánchez

Héctor Sánchez Gómez

Roberto Vizcarra Muñoz

PROGRAMA EDITORIAL DEL

CETYS UNIVERSIDAD